

## Amor y transferencia

*Ignacio Gárate-Martínez*  
*Universidad de Bordeaux, Francia*

*A Cosimo Santese y Arlette Costecalde,*  
*filiación y fraternidad analíticas.*  
*A los miembros de mi seminario*  
*que me enseñaron a pensar el amor.*

¿Cómo pensar una relación con el amor que no se reduzca a la relación de objeto? ¿Cómo nombrar una forma del amor que no consista en una manera de resignación a poseer un objeto insatisfactorio, pero que colme, o mejor disfrace huellas de manquedad<sup>1</sup>, máscara de otro perdido o de un objeto cercenado e irremediamente ausente cada vez que un sujeto se pone en relación significativa con el campo del Otro?

He intentado pensar la cuestión del amor por la vertiente de la alegría mejor que por el lado de la satisfacción; y como alegría suplementaria más que complementaria, para presentar así cómo lo femenino estaba en juego en este asunto, tanto en el género macho como en el género hembra: pues se trata de una posición que tiene que ver con el gozo del Otro, fuera del gozo fálico, poniendo en relación un campo de alegría en el lugar preciso del vacío de la relación sexual. De esta manera este vacío será creador si anuda lo imaginario de una manquedad con lo simbólico de una pérdida y con lo real de un engendramiento<sup>2</sup>. En esta perspectiva, lo femenino se ha de entender más allá de la diferencia sexual, por el lado de la diferencia radical.

Fidelidad y lealtad, tiempo lógico y tiempo cronológico, interpretación (o engendramiento) y repetición, constituyen pares opuestos. Los podríamos poner en juego para abrir a una consideración del amor en el marco de la sublimación<sup>3</sup>.

El *artificio* de la transferencia se desarrolla con una periodicidad cronológica que le da su ritmo al ejercicio clínico y sitúa tiempos lógicos y posiciones diferentes en la relación singular a través de la que se declina la ética del acto psicoanalítico.

La imposibilidad de acceso al campo de la alegría se plantea en la dirección de la cura del perverso o del melancólico, por ejemplo, cuando ni la angustia que el perverso quiere producir con su relato, ni la interrupción de sesión del analista que se niega a gozar con él, constituyen al cabo verdadera apertura al análisis. Igual que la interrupción de la

mirada del analista que sostenía el deseo del melancólico en la transferencia, culmina en la defenestración de su deseo que se descuelga del balcón de la mirada.

Pasamos todos lo mismo que la sangre, ora silentes por una herida, ora cantantes cuando se vuelve torrente haciendo resonar ecos de su dolor y chapusca por las hierbas golpeando los guijarros de la vida: la canción de la sangre incluye pérdidas irremediables. Woody Allen se lo dice a Helen Hunt, en su película<sup>4</sup> de una manera que me marcó por su pertinencia: « *No pienses con el cerebro, el cerebro es gris y no se mueve, piensa con el corazón y con la sangre, la sangre va por todas partes, pasa por todas partes, está al corriente de todo...* ».

La transferencia no es solamente un efecto del análisis, existe desde antes, es, como nos dice Freud, el medio por el cuál lo reprimido consigue decir su deseo; lo inconsciente transfiere la fuerza del deseo reprimido hacia algo menos inarticulable que se convierte en una especie de señuelo de piel con el cuál o detrás del cuál se desliza el deseo reprimido.

El analista se presta a su vez a esta función de señuelo de piel: se convierte en el señuelo de piel con el que se envuelve el analizante para forjarse un alcázar que le apacigüe. Anida su deseo en la piel del analista con la salvedad de que el analista en función de picón<sup>5</sup> no se apega al rubor del analizante en su danza nupcial, en su petición de amor, y no le responde, de modo que la *re-petición* en el análisis de la *petición* o demanda del analizante no repercute de significativa en significativa y se abre a veces a efectos de interpretación.

En el umbral de la muerte, Octave le dice a Maud : “*Te he querido tanto, tanto...*”. Maud le responde desde otro registro: “*Precisamente por lo mucho que me has dado te acompaño hasta el final de tu vida.*”<sup>6</sup>

Entre los dos, un reproche de Octave le deja helada a Maud en el recuerdo de una culpabilidad que se había mantenido viva: “*No le debías haber escupido a tu padre cuando tenías seis años*”.

Conmovero por este intercambio, lo había comentado durante una velada con una colega de aquella época, Claudie Bolzinger ; le hablé de la necesidad de liquidar los restos del deseo de los padres en nosotros, para poder seguir viviendo. Utilizó mi término “*liquidar*” para añadirle un sentido suplementario: “*Para mi liquidar no se tiene que entender solamente en el sentido de matar, se me antoja que contiene también el sentido de licuar...*”<sup>7</sup>; de este modo me brindó un elemento del que estaba ayuno y que me permitía inscribir la necesaria ruptura con los monstruos de los orígenes, conservando la idea de la transmisión indispensable de un linaje, de una herencia, de una cultura. Liquidar y licuar, al mismo tiempo, el río que nos lleva<sup>8</sup>.

No se trata de algo fácil; por admirable que pueda parecer este principio, su realización, su actuación, requiere en el análisis, una forma de perdón que nadie nos pudiese exigir.

Pedir perdón es algo extraño, difícil, a veces cercano a lo imposible. Estamos acostumbrados a que solo se puede perdonar si alguien nos pide que lo hagamos y a menudo, esto ocurre así, tenemos que hacer una especie de división cínica entre la concesión de ese perdón de boquilla y nuestro sentimiento más verdadero. “*¡La que me has echo, estoy lejos de olvidarla!*”

¿Será el perdón condición para el olvido?

A esta otra también, estoy lejos de olvidarla: la madre con la que Germain Nouveau se quiere reunir en la tumba: “*¡Ah! Qué bien me voy a tumbar, / Con mi madre juntito a mí. / Qué bien voy a poder devolverle / Los besos que en mi tierna infancia / Nunca me dio*”<sup>9</sup>.

Nos queda algo por construir que pueda ser cimientito de un *pasaje pubertario*<sup>10</sup> al tiempo del amor. Wladimir Granoff me brindó una pista de reflexión. Le conocí en una cena en la que esperaba que me confiase algunas verdades definitivas sobre la experiencia de un psicoanálisis; nada de eso ocurrió.

Solo más tarde, de vuelta al congreso para escuchar la intervención de Charles Melman sobre la adolescencia<sup>11</sup> pude plantear una pregunta: “¿En qué se puede fundamentar lo porvenir en el adolescente?” Esto es lo que me contestó: “[el adolescente] *Duda entre dos opciones: el asesinato y la seguridad. Entonces ¿en qué sentido? ¿Eso de dónde viene? [...] ¿Cómo se las arreglará para encontrar esa base? Creo que de la única manera que Freud indicó y cuya metáfora es la pérdida de memoria en la Acrópolis: “¿Qué diría el Señor, nuestro Padre si nos viese?” Naturalmente el Señor, nuestro Padre no podría decir nada. Es decir, cómo podría arreglárselas si no es por medio de la *Versöhnung* (reconciliación), es decir, en definitiva, diciendo algo que, tal vez, haya reformulado yo en su debido momento: “te perdono por haberte tenido que matar”, y así es como el adolescente inicia su trabajo de cultura y de análisis.*”<sup>12</sup>

Una de las funciones del análisis, por medio de la transferencia, consiste en esa posibilidad abierta a la reconciliación con nuestros orígenes traduciendo por “*medir con justicia el peso*”, ese “*kabed*” hebreo, que transcribimos ordinariamente, en el Decálogo, por *honrar* a nuestro padre y a nuestra madre<sup>13</sup>. Se trata, más bien en este cuarto mandamiento, de *medir con justicia el peso del hombre y de la mujer que pudieron o no pudieron ser*, para liquidar o licuar el rencor profesado a un padre y a una madre, el apego monstruoso a la fuerza envolvente de sus deseos, hasta el punto de morir o de matarlos.

“*Me fío de usted*”; tal es la respuesta que le dio el analista tras un encuentro preliminar, cuando la mujer que le había pedido la cita se disponía a pagar...

A lo largo del encuentro, ella había puntualizado varias veces: “*Yo no le he escogido a usted*”; en efecto, tras un intento de suicidio, llevó a su hija a un psicoanalista y como pensaba que la actuación de su hija tenía que ver con su manera de ser madre: sobre todo con su silencio altivo por la insatisfacción de su vida, había pedido una dirección para ella también. El analista solo le dio un nombre: De ahí su: “*Yo no le he escogido a usted*”. Habló una hora, incluso más, de sus desgracias, de sus dolores, de su desesperación, de su odio también hacia ese marido y esas hijas que no le permitían alcanzar la alegría. Es cierto que hablaba pero, ¿se sentía en confianza?: “*Su consulta es muy fea*”, me dijo.

Se siente muerta por dentro, de hecho, le ha extrañado que en la pequeña sala de espera hubiera cuatro cuadros de tauromaquia en los que se mata <sup>14</sup>. A la hora de irse, quiere volver a pedir cita porque si no, “*lo voy a dejar, como me pasa cada vez: empiezo algo y luego lo dejo...*”. El analista decide no darle cita, confiar en el deseo de ella de volver a tomar contacto, o no... De este modo acepta no saber si él quiere o no quiere saber algo de ese extraño deseo que concluye en la sensación de estar muerta por dentro. Lo que, desde luego no quiere asumir es prestarse con complacencia a una necesidad imaginaria de tratamiento. Como analista no quiere escuchar necesidades sino deseos detrás de las necesidades imaginarias. No se trata de “*lo que hay*” como quien dice: “*esto es lo que hay*”, el objetivo de un análisis no es la realidad de un acontecimiento que provoca una crisis, a eso hay que añadirle la dimensión de una elección que da paso a la ley del deseo: *Wo es war, soll ich werden*, o sea que si *lo que hubo era ello me voy a tener que empezar a asomar yo*, ese *yo* herido que asoma por el otero y se pone a hablar en vez de *Mi* (y que no es lo mismo que convertir lo inconsciente en consciente).

Niños que son magulladura pura y sin embargo viven; cuando a penas llegan a mujer y ya son madre. Magullada mujer que da la vida como quien no quiere la cosa pero con tanto dolor, tan dolorosamente que al terminar el trabajo, al borde de la luz la querría apagar para dejar de sufrir y le gustaría exterminar el origen incluso de cada uno de sus genes, de raíz.

Dejar de fracasar al dar la vida, satisfacerse actuando en el descansillo de la muerte, en ese mismo umbral de odio que los genocidas de siempre dejaron en suspenso, inconcluso, fracasaron la empresa y le dejaron el grito interminable, silencioso, mueca sufriente de donde no sale más que dolor, dolor, un rayo que no cesa. Quiere secar la fuente del grito y que se

acabe la herida lancinante: prosigue así la empresa, genocida por cuenta ajena de su propio linaje.

Esa madre envolvente como un golpe, madre que nos asfixia, nos destituye de un destino y muertos nos quisiera, o locos, o desgarrados, seguro que fracasados como ese amor que vivió como una puesta a prueba, como su sueño de niña que gime y no deja de gritar sin ruido ni huella que se pueda escribir. Nadie lo sabrá jamás: esas madres son sólo cicatrices, un luto eterno en las uñas del obrero<sup>15</sup>.

Yo, su hijo, tú, su hija, ¿cómo podemos hacer para reconciliarnos con nuestro deseo de saber, cómo podemos hacer para construir algo, en nuestro propio idioma, entre dos idiomas tal vez, dos territorios, dos formas de exterminio, cómo hacer para construir un saber que vaya más allá del silencio de una madre? ¿Cómo hacer para inscribir, entre ella y yo, entre ella y nosotros, ese pilar inscrito, ese deseo de saber, sin el que pereceríamos devorados, destruidos por el dragón que está frente a la parturienta, ansiando devorar a su hijo recién nacido <sup>16</sup> ?

*“Me he pasado la vida marchándome, abandonándolo todo cuando empezaba a pensar que lo podría amar, que alguien me iba dar la confianza suficiente para que dejase de apoyarme en ese miedo tenaz que me corta la respiración.*

*En mi historia familiar ocurría a veces que se diesen los niños, entre hermanos y primos. Mi tía no pudo tener ninguna hija, cuando tuvimos que irnos otra vez más, le pidió a mi madre que me diese a ella, mi madre no quiso; me acuerdo del cuerpo de mi tía, yo me asía a su cuerpo, respiraba el olor agrio y almizcleño de sus sobacos, olor tenaz en la humedad de mis dedos, me acuerdo de sus pechos enormes y de sus gorduras, mi tía era un lecho de amor, un lecho de amor mullido.”*

Quería un cuerpo acogedor, un cuerpo incapaz de dar muerte, un lugar, un cuerpo, un idioma, una esperanza que no fuese una promesa de esterilidad, arisca voluntad de genocidio de un linaje de mujer, quería la respiración de amor que da la textura de un cuerpo y de sus olores también. No lo consiguió e incluso su propio pecho, similar al de su tía le parecía insoportable, le cortaba la respiración. La respiración se le cortaba por ese desgarramiento del amor de mujer a mujer, desgarramiento de olor, de cuerpo a cuerpo y se terminó cortando el pecho para reducir volumen y lo dejó para siempre sin leche, yermo. *“Pegados el uno al otro »... « esos dos cuerpos se separan y al separarse, los dos cuerpos se desgarran y les juro que gritan...”* <sup>17</sup>

Tendrá que encontrar una forma de amor en la que el deseo sea posible sin la colonización del de otra persona. Un lugar en el que el deseo esté hecho únicamente de abertura. Un deseo en la alegría que construya una ley de

amor. No puede ser que tenga que reproducir esa asfixia de mujer que la condena a no ser más que la historia fallida de un deseo de muerte, si es así, mejor morirle. Tendrá que encontrar un amor diferente, abierto a la otredad, con angustia sin duda, pero descubriendo a otro.

No quisiera hacer creer que de lo que aquí se trata es de dar una receta de amor, un “truco” que siempre funcionara y permitiera vivir sin golpes, en un nirvana continuo, aislado de la muerte, de la pérdida y del dolor.

Lacan estableció, en su día, la única receta milagrosa: “*Te deseo aunque no lo sepa*”<sup>18</sup> y sabemos hasta qué punto ese deseo se enfrenta, a largo plazo, o con la consumación o con la huida.

Creo que esta concepción del amor, entendida como captura del otro en los desfiladeros de su propio deseo, no es la única que podamos esperar en el tiempo que se le abre a la persona tras la experiencia de la transferencia. Ya sea de manera consciente o inconsciente, lo que está en juego es la habilidad de nuestro deseo, ocupado éste en pulir el borde modelado de una moneda, tanto del derecho como del revés. Acaso podamos entender así la razón del amor en Otelo: “*Me dio las gracias y me dijo que si algún amigo mío la quería, le enseñase a contar mi historia y que con eso podía enamorarla. A esa sugerencia respondí que: Si ella me quería por los peligros que corrí, yo a ella la quería por su compadecerse de mí. Ésta ha sido mi única brujería*”<sup>19</sup>.

Constantin Stanislavski decía con respecto a éste párrafo: “*El monólogo de Otelo siempre me ha producido una impresión no solo de pureza y de sinceridad sino también de ingenuidad oriental. Efectivamente, solo un ingenuo puede creer que abriendo su alma, revelando sus sentimientos más íntimos en un momento tan crítico puede forzar la simpatía. Esa ingenuidad es la que más cuenta.*

*Personalmente, si tuviese que representar ese pasaje, trataría de recordar que Desdémona está allí, en mi casa, que estoy en el umbral de la primera noche y que estoy temblando, completamente emocionado de alegría*”<sup>20</sup>.

Se puede establecer cierto parecido entre la argucia inaplicable que Lacan nos da en forma de receta de amor y la que Desdémona le propone a Otelo para conducirlo a la declaración de su amor; ella piensa en el deseo que “sentiría” si alguien le dijese lo que acaba de escuchar: “Te deseo aunque no lo sepa”.

Otelo cree que ella lo ama abandonada en la lástima que siente hacia los peligros que ha corrido, sin pensar que también los ha sufrido él. Y la relación valentía-lástima como productora del amor es lo que le parece ingenuo a Stanislavski.

Con todo, se trataba de “enseñarle a contar su historia”, no solo los contenidos, para eso hubiese bastado con “aprenderse su historia”, sino también la confusión y la emoción de la enunciación de Otelo “narrándole” su historia a Desdémona, los modos y maneras de Otelo en esa enunciación, el estremecimiento de su deseo es, por lo menos, tan sugerente como la enunciación de sus peligros: “Te deseo aunque no lo sepa”.

Para desvelar el dispositivo, inconsciente o consciente, de esa captura del otro, parece necesario ser espectador de esos amoríos, u oyente atento. En ese sentido, el psicoanalista que fue víctima de la verdad del deseo de su analizante, viniéndose abajo, podría verse tentado a hacer alguna consideración cínica, irónica y sin pudor, en contra de los amores del que le abandona así y le reduce, tras el tiempo de la transferencia, a una posición de pérdida: « *sicut palea* » diría Tomás <sup>21</sup>.

En el fondo, para el analista, el amor del que se trata, el amor del que ha sido víctima, es el de su deseo de analista: lo inconsciente. Es lo inconsciente lo que él desea, aunque no lo sepa, y por esa afirmación, se constituye en el objeto que le falta al analizante y que éste le reclama: *sujeto que se supone que sabe*.

Esa petición que el analizante le dirige es la que nos convoca a la cuestión de la *castidad*: ¿cómo se puede entender la regla de *abstinencia*? Lacan nos habló de ello en las *Variantes*, pero no creo que sea suficiente para construir un aproximación al amor <sup>22</sup>. Está también presente en el “*ouden òn*” de Sócrates, esa “*nada real*” que él quiere preservar de la influencia de Alcibiades mientras que éste cree proponer un intercambio de *cobre* por *oro* <sup>23</sup>.

Podría ocurrir que una mujer soñase así con su amante, inaccesible, desnudo y tan bello, que la desease; ella estaría llena de deseo y de calor extremo; acurrucada contra ese cuerpo, se abandona y duerme, intocable, se ha vuelto intacta a los tormentos del amor por el rechazo de ese hombre de honrar su petición. Ahí es donde podría encontrar lo contrario de un destino que la marcó, de un destino trágico, y que acabó con su linaje. De esa petición precisamente es de lo que se trata en el análisis: deme la pasión de desearle sin ceder usted mismo, para que pueda inventar mi historia y darme un futuro que no sea la desgracia. Hace falta una *ausencia*, una *nada* para que se produzca un “yo” hasta ahora nunca oído y encantado de poder engendrarse en esa circunstancia.

Lacan traduce la nada real de manera literal: hasta qué punto ese “yo” es “nada”: “*Pero cuidado, ahí donde ves algo, yo no soy nada.*” <sup>24</sup> La nada de la que se trata va más allá, en el pensamiento lacaniano, de la posición exigida del analista. En ella encuentro una especie de consideración ética

en la posibilidad misma del amor. En efecto, es para comentar el mandamiento cristiano del amor al prójimo para lo que la “nada” de Lacan vuelve, y esta vez es poética, para poder situar un lugar para engendrar. “¿Acaso por lo menos he conseguido introducir en vuestra mente las cadenas de esa topología, que pone en el corazón de cada uno de nosotros ese lugar abierto desde el que la Nada nos interroga sobre nuestro sexo y nuestra existencia? Ahí está el lugar en el que tenemos que amar al prójimo como a nosotros mismos, porque en él ese lugar es el mismo que en nosotros.

*Nada nos es más cercano que ese lugar y, para que se escuche, tomaré prestada la voz del Poeta que, sea cual sean sus acentos religiosos, ha sido reconocido como uno de los suyos - entre sus mayores - por los surrealistas. Se trata de Germain Nouveau, ese que firmaba “Humilis”:*

*« Hermano, o dulce mendigo que canta en medio del viento*

*Ámate como el aire del cielo ama al viento*

*Hermano que empujas a los bueyes en los terrones*

*Ámate como en el campo la gleba ama a la tierra*

*Hermano que hace el vino de la sangre de uvas doradas,*

*Ámate como una cepa ama su racimo dorado*

*Hermano que hace el pan, corteza dorada y miga*

*Ámate como en el horno la corteza ama a la miga*

*Hermano que hace el hábito, alegre tejedor de paños*

*Ámate como en él la lana ama al paño*

*Hermano cuyo barco surca el verde mar de las olas*

*Ámate como en el mar, el oleaje ama a las olas.*

*Hermano laudista, alegre casamentero de sonidos*

*Ámate como sentimos que la cuerda ama los sonidos*

*Pero en Dios, Hermano, aprende a amar a tu hermano como a ti mismo*

*Y, sea quien sea, que sea como tú mismo »<sup>25</sup>*

Esa nada es importante, el fundamento de la figura del amor de Dios que se retracta <sup>26</sup> para hacerle un hueco a lo humano, esa nada es angustiante, y mucho, puesto que la retirada que nos hace un hueco nos deja solos, en la oscuridad, en el tremendo murmullo del silencio de Dios<sup>27</sup>. Qué dulce nos parece entonces a veces la tiranía del que querría poseernos, hacernos bien, amarnos como quien suma y sacar beneficio como quien consume: Somos deseados, por lo tanto deseables, tal vez malqueridos, pero ¡tan amables!

*“Mi hermano mayor se sentía muy desgraciado con su vida, dejó el internado jesuita, en el que esperaba su vocación, para volver a casa y seguir con sus estudios en el instituto público de la ciudad. Ahí es donde empezamos a percibir el comienzo de su desolación. Mi madre decía que se*

debía a “las malas compañías”, los “golfillos” que había conocido en el instituto cuando dejó a “los Padres”, pero yo nunca lo creí, era algo muy distinto, más grave, más pesado. Por esa época es cuando comenzó su amor por las timbas, donde acabó perdiéndolo todo jugando al póquer en 1962, yo tenía 9 años, él creo que 18. Desapareció para siempre en 1988, en lo alto de un acantilado en Biarritz, se había convertido en mi mejor amigo. Entre medias, intentó darse la muerte a menudo, de manera brutal y definitiva, sin conseguirlo nunca del todo, salvado en el último momento por la suerte, también por el deseo que teníamos de que viviese. Se había casado, había tenido un hijo, sin conseguir nunca andar por la vida sobre tierra firme, abierto al “por venir”. El mar nunca quiso devolver su cuerpo, solo su carnet de identidad.

*Aún hoy sueño que sigue vivo y que hablamos, su cuerpo nunca apareció, nunca hemos podido enterrarlo, hacerlo entrar en la memoria.*

*Nunca he podido llorarlo.*

*Solo lo conseguí el otro día, por primera vez, al evocar una anécdota. Fue en 1982 o 83, le había acompañado a una partida de póquer a la que era asiduo: acostumbraba a perder mucho.*

*Jugué y perdí yo también, más de lo debido, estaba exaltado por el estúpido sentimiento de ser un buen jugador de póquer, un “ganador”... Mi hermano perdía tranquilamente, sin prisas. Al cabo de un rato yo había perdido todo el dinero en efectivo e hice un talón de una cuenta en la que no tenía dinero para seguir jugando y recuperarme. Cuando lo perdí todo, me levanté, estaba aterrorizado por lo que me acababa de pasar.*

*Volvimos a casa al alba, andando los dos, por calles desiertas que empezaban a oler a la humedad de la mañana, favorecida por las mangueras de los empleados municipales, era en Madrid, en verano, esa humedad es siempre como la promesa de la aurora tras las noches tórridas del mes de agosto.*

*Delante de la puerta, antes de subir a su casa, mi hermano me tendió mi talón. Lo había ganado para mí porque había notado, sin duda, mi desolación repentina, en él algo familiar y tenaz, en él compañera de muerte como un vértigo permanente e insoportable: un vértigo al perder siempre, hasta el agotamiento del “perder”, hasta la muerte.*

*Había renunciado a perder por mí, por un instante, me había querido encontrando en él un pequeño hueco vacío para engendrar beneficios, me había querido y al decirlo, fue cuando lo pude llorarlo”.*

La nada de la que se trata es un lugar abierto en el corazón de cada uno de nosotros, en lo más hondo de nuestro ser, que interroga nuestra existencia como interroga nuestro sexo: hace falta un cuerpo. Se trata sin duda de lo

que Michel de Certeau designaba como una *arqueología cristiana*<sup>28</sup> en la doctrina de Lacan: “Mientras que la tradición judía se ancla en la realidad biológica, familiar y social de un “cuerpo” presente, (...) el cristianismo recibe su forma de la separación de su origen étnico y de la ruptura con la herencia”. Se pierde el cuerpo, se pone a distancia en beneficio del Logos. La ausencia de ese cuerpo da origen a los cuerpos eclesiásticos, doctrinales o “gloriosos”, inicia un análisis de la institución analítica lacaniana que se refuerza en la medida en que el discurso se des-realiza.

La nada de la que se trata no marca la diferencia sexual, sino la que hay entre el “uno” y el “dos”<sup>29</sup>; la diferencia fundamental de cada uno de mis semejantes que se viste de existencia alrededor de esa nada. Es sexual, sin duda, como la vida de los humanos, por completo, el calor del aliento que penetra en la carne para incendiar, unción llena de respiración como un perfume de nardos. Pero no se debe a la función fálica: ya podía seguir contando la aventura de su hermano con el póquer como una hazaña, esto seguía siendo papel mojado, sufrimiento de amor en espera de decir. Hacía falta esa nada que los volvía semejantes, para engendrar ese decir diferente, disolviendo las afectaciones en beneficio de nuestras lágrimas y desvelando, tras las lágrimas, la nada que amamos.

Ese cuerpo encarnado en su dimensión erótica es del que nadie se atreve a hablar en el cristianismo; un cuerpo que no se niega al placer, sino que, por el contrario, lo reclama, aunque, a cambio, acepta la interpretación, ya que tan bien sabe que “*no hay relación sexual*”. “*¡Y yo bebía tu hálito, oh dulzura, oh veneno!. Y tus pies se dormían en mis manos fraternas. La noche se ensanchaba igual que una barrera.*”<sup>30</sup> Y es María la que, de repente<sup>31</sup>, “*tomó una libra de perfume de nardo*”<sup>32</sup> puro, ungió<sup>33</sup> los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos y la casa se llenó del olor del perfume”, ese nardo precioso del que creemos hace que el cuerpo fluya<sup>34</sup>, unge los pies del que escuchaba mientras su hermana “estaba absorta por los múltiples cuidados del servicio”<sup>35</sup>. Atenta María que había escogido *la mejor parte, una que no le quitarían...* Y sin embargo, *virgen necia*<sup>36</sup>, ¿tendrá suficiente aceite para iluminar de deseo la llegada del esposo?<sup>37</sup> ¿Podrá conservar la llama viva, el deseo intacto, la sed de su palabra cuando el cuerpo ya no esté presente para sostenerla con aliento?

Derramar agua viva, sangre, licor de vida, humedad de sus dedos cargados de olor de sobaco, el derramarse que apaga la sed, la sed misma, ¿cómo voy a vivir esa sed y sin el olor del nardo que me invade? *Oh amor mío, te quiero tanto que quisiera herirte el corazón y rociarlo con sal para que nunca se cierre*<sup>38</sup>, que tu amor sea sed y *rayo interminable* y el perdón concedido, líquido, confianza recobrada por los niños de nuestra descendencia, por los arcos eternos de nuestra obra común.

El amor que trastorna y que hace estremecer ante la muerte del ser amado, el amor que trastorna y hace estremecer ante las lágrimas de la amada, el amor que hace llorar a Jesús, es el que triunfa aquí indignando a los que cuentan el amor en monedas, en objetos, en trozos cuantificables.

Somos cuerpo lo somos tanto... moribundos, mortales, cuerpo y sudor, sudario.

Somos cuerpo de palabra y de saliva, carne también, encarnada en el verbo, palabras de amor, somos palabras de amor, caricias, múltiples caricias, osadas, ingenuas, torpes, brutales.

Caricias de un instante y caricias profundas. Dificiles, pellizcos. Besos también que buscan un susurro de lengua: bla, bla, bla, decía ella, disfrutando de la charla de Cristo que hubiese podido, al igual que Marta muy atareada, tomarse a burla. Bla, bla, bla... que, que, que... *Neizwas* de Maestro Eckart: no sé qué que quedan balbuciendo.

Somos cuerpo de amor, podredumbre en espera, engendramiento también, en espera. Venus no es más que un triángulo, una base, una cima, Venus es cada mujer, una víscera, un peligro.

Venus, Lilith, el amor que esconde la muerte bajo la especia de un perfume de nardo. El amor, la muerte. Más allá de las mujeres de Venus que nos convierten en venéreos, cazadores de nada, cazas venales, en la lucha de amor hay una oportunidad de que se escape, victorioso, un duende impertinente, para ti, para mí.

Como la mano de María que se desliza por los pies de su amado hacia su montículo, fuente de miel de amor, fuente fluida y alegría de su olor en él.

Después de esto, solo el perfume de la verdad llenará la habitación, la fidelidad al pie de la letra ocupará el lugar de la presencia personal, no siempre le tendrán con ellos puesto que la caricia de María le prepara para la tumba, lo embalsama.

Que María pase a la acción es, una vez más, la mediación femenina a través de la cual Jesús realiza en acto la verdad de su destino. El amor y la muerte son indisociables en la aventura humana.

El conjunto de esos elementos nos muestra una comprensión de la estructura de la transferencia en la que se dibujan diferentes posiciones que entrelazan los registros de lo imaginario, de lo simbólico y de lo real.

La fidelidad funciona como una creencia imaginaria que se aferra a una palabra a la que se supone un efecto de verdad, ese efecto de verdad que le atribuimos a otro (en posición mayúscula) permite transiciones de lo imaginario a lo simbólico incluso en la manera de nombrar el amor, pero el efecto de interpretación, como acto, y aunque utiliza la palabra de amor,

separa el campo de la lealtad y el de las fidelidades, para situar la lealtad del lado de la dependencia imaginaria, la fidelidad a la persona del lado del amor. De este modo lo consistente del amor es la fidelidad a la letra viva y encarnada porque contiene una verdad con la que nutre la expresión simbólica del amor: las palabras de amor se nutren con la verdad que hay en la fidelidad a la letra misma con que se escribe el amor; la interpretación es una producción poética.

La posición del analista se construye de manera original respecto del modo en que los seres se sitúan en el amor: el analista renuncia a la vía del deseo por fidelidad a esa verdad de la letra a quién el analista le dirige su declaración de amor. El analista —no la persona o el ser del analista sino el analista en posición de “objeto causa del deseo”— está enamorado de la verdad inconsciente que se manifiesta en la letra, en su *yaculación* más que en su sentido<sup>39</sup>. Esa declaración es en parte imaginaria, pero es indispensable, como lo son las profecías, para convocar la interpretación como acto. En psicoanálisis la profecía sólo es cierta cuando la confirma un acto a posteriori.

Así es como se puede concebir que existe un tiempo del análisis que funciona después de la interrupción de una cura; no siempre es así, tampoco es obligatorio, ni siquiera deseable: sin embargo, ocurre que la experiencia de un psicoanálisis prosigue después de la cura, sobre todo cuando el analizante pasa a ser analista. Se ha convertido en analista durante el análisis, ha sometido este deseo de analista, o sea ese estar enamorado de la verdad que se esconde en la letra, a la inquietud que representa el análisis de control, y tras ello, se ha convertido en el analista de su propia experiencia en aquellos seminarios y grupos de trabajo en los que participa. Pero, más allá de esos tres tiempos del hacerse psicoanalista, su vida también está influida por su experiencia del análisis, la abertura que mantiene por amor a lo inconsciente le influye en sus asuntos personales: en sus relaciones sociales, en la política, en la ciudadanía, en el ejercicio de la paternidad, en el intento de darle voz al amor.

En el análisis esta apertura particular da lugar a la interpretación. Pero, tras la experiencia de la transferencia, de qué modo la huella de esta experiencia se mantiene viva y fecunda? ¿Si el amor de transferencia es un efecto de la verdad inconsciente sobre el cuerpo, dé qué manera mantiene su consistencia en la aventura de la vida de hombres y mujeres?

Lacan nos propuso su reflexión, intentando mostrar la posibilidad de ser a la vez su analista y oyente de su seminario. Hace de esto lo específico de la transmisión del discurso psicoanalítico.

Hay una violencia de la transferencia que podría acercarnos a la violencia necesaria del amor cuando el «cada una» en cada uno de nosotros quiere

permanecer arrimado a la verdad, una violencia que consiste en el abandono de las estrategias enfocadas a hacernos propietarios del otro al que amamos, en beneficio del eco de su voz que nos llega, nos despoja, verdadera, perdida para siempre, ya que nunca fue nuestra, sino suplemento de nuestra propia manquedad.

“Aquellos de mis analizantes que asisten a mi seminario<sup>40</sup>...” Si, esos analizantes que vienen a un seminario, ¿qué les ocurre precisamente a esos con el “cachito de analista<sup>41</sup>” que sigue estando presente en el vínculo social? Incluso si es al revés, lo analítico sigue presente en el intento de decir lo que es el discurso analítico. Sigue presente a pesar de que, al querer dar testimonio, lo que pasa es que decimos hasta qué punto, de eso que pasa, “yo no quiero saber nada<sup>42</sup>”. Porque, pase lo que pase, nuestra palabra enmascara siempre con semblanzas nuestro deseo de asir algo la verdad, aunque sea un cachito.

Es una cuestión de lugar, de posición del cuerpo, de uso de un idioma: la posición del analizante es el reverso de la del analista. Por eso, el lugar del análisis es el mismo que el del seminario, a condición de que cada uno sea a su vez a la inversa del otro: el analista de la experiencia habla como analizante en el seminario, si cada uno preserva, en este mismo lugar, algo de la nada que le une a su semejante, un vacío de ser que preserva la presencia ausencia de ese cachito del que todos estamos mancos.

La fuerza de la transferencia sigue siendo la misma, sin embargo. Cada uno puede desprenderse «*normalmente*» de la transferencia, si la verdad que intenta alcanzar le basta. Pero existen personas que se enamoran del mordisco de la verdad en ellos y asumen un decir que no se contenta con la representación o la semblanza, que asume el alcance de la yaculación del decir más allá de las significaciones. Por lo tanto: «*Al contrario de lo que se dice, no hay nada que impida mi posición de analista con lo que hago aquí respecto a ustedes.*»<sup>43</sup>

Pero, después de la transferencia, ¿qué sucede con el amor? ¿Seguiré condenado a no dirigirme más que al señuelo que en las cosas del amor puede constituir cualquier otro para mí, otro cualquiera?, ¿Seré sólo capaz de repetir, en mis amores ilusos, el clamor doliente y balbuceante hacia ese otro de mi infancia, que perdí para siempre y cuya imagen se esconde detrás de cada uno de mis amores?

¿No habré sido capaz de perder lo bastante en mi experiencia de análisis, como para que me haga falta de nuevo utilizar quimeras, el espejismo de cualquier otro que le sirva de desván a mis deseos, mera estridencia, bosquejo o semblanza de otro que nunca es el que realmente me anima a decir la verdad, a construir, a morir con él, en él, por él?

¿A morir también a causa de él, cuando el rayo de su desaparición me condene de nuevo al solitario errar?

*«Solo conseguimos vivir en lo entreabierto, exactamente en la línea hermética que comparten la sombra y la luz. Pero somos irresistiblemente propulsados hacia delante. Nuestra persona toda le presta ayuda y vértigo a este empujón.»*<sup>44</sup>

No, yo me niego a creer que solo el amor de objeto se pueda construir en la vida de los hombres y las mujeres; por mucho que la alianza de dos seres y el don de dos cuerpos soporte en parte el engaño que les extravía, esto no afecta más que a las galas con que el otro se maquilla por esconder sus lágrimas, pero no basta para borrar lo que contigo construyo y que queda detrás de nosotros, estela pertinaz de un caminar errante.

*“Lo que me gusta, hasta el punto de henchir mi simpatía, pronto me causará casi tanto sufrimiento como aquello de lo que me aparto, resistiendo en el misterio de mi corazón: galas veladas por una lágrima.”*<sup>45</sup>

Pero mi simpatía y mi sufrimiento, mis lágrimas y mi risa se pueden reunir en la plenitud subjetiva de la alegría; si me dono y me abandono, no a lo que yo creo ser el objeto de mi amor sino, más bien, a la creación significativa que con él persigo y que viene, ora titubeante y sorprendida, ora exultante y encantada, a colonizar a la Cosa para que se detenga al fin aquella Cólera que antaño nos llegó también con las palabras.<sup>46</sup>

Ningún amor se da a luz sin enamoramiento. Engalanas de dulce el sabor de tus lágrimas y me brindas tu cuerpo como un tesoro que sólo se puede raptar. Por eso lo arrebató a pesar de que es dado, y lo convierto en exutorio, como una forma de depredación del deseo. Incluso puede ser que finjas que lo ofreces, desconfiando siempre, como de algún dolor, rechazo violento de cualquier movimiento que pudiese suponer una caricia.

*“Esta noche he soñado que mi marido me dejaba, nos divorciábamos ante un juez; él estaba rodeado de numerosos abogados que hablaban por él. Yo no me podía estar quieta y estaba de pie, moviéndome sin cesar de un lado a otro. El juez me lo hacía notar: “No se puede usted estar quieta, Señora.” “¡porque usted se cree que es fácil!” le contesté. Lo comprendió. Es extraño...”*

Esta mujer no tenía más que su amor para defenderse, grande, inmenso; la certeza de este amor, tan duradero y de repente en peligro. Hablaba y hablada en contra de los raciocinios de su esposo que utilizaba numerosos argumentos, a menudo rigurosos... Por eso replicaba con argucias, con estrategias que aspiran a la victoria sobre el otro, con acusaciones, con defensas... A veces quería tanto la victoria que no se podía estar quieta, no conseguía estarse quieta. Pero otras veces se atenía solamente a las

palabras de amor. Más allá de la pérdida, la verdad dolía entonces, pero le daba a la vez la confirmación, la certeza de haber hablado con propiedad. De esta manera avanzaba más allá de la cólera.

Pero el éxito no está asegurado, esto también puede salir mal, únicamente lo sabemos cuando pasa: en la prueba del acto.

¿Cómo se anuda la relación que nos lleva al enamoramiento? ¿Es únicamente un espejismo, un reflejo narcisista en el otro? ¿Qué hace que un reencuentro pueda nacer del azar, feliz o no, de una percepción inesperada (tukhé)?

*«El ciervo vulnerado por el otero asoma».*

Hay un imaginario que nos marca el cuerpo: te encuentro herido en el umbral de una puerta, el maquillaje bajo el cual escondes tu dolor no funciona en ese instante; te descubro y te amo en el instante en que nuestras miradas se cruzan y en que cortas la superficie de mi percepción con tu presencia, sólo por un instante, después desapareces, y surges de nuevo como presencia maquillada de apariencia. Es de esta presencia de la que me enamoro, me marca y nos marca, me empuja y nos empuja; consiste en que yo creo en ti como tú crees en mí. Te tomo por mi alma y te amo.

Sí, el enamoramiento surge cuando uno toma al otro por su alma <sup>47</sup>... Pero no es lo mismo cuando un hombre toma a una mujer por su alma que cuando una mujer «a(l)ma un alma» como si fuera la suya, ya que convoca entonces al hombre, fuera del «homo», a que se reúna con su alma de mujer. Esto disuelve lo “hommo” del hombre (homogéneo, homosexual, todo lo homo que reniega de la diferencia radical), y el de algunas mujeres, cuando están sometidas al servicio de la función fálica, y lo retracta para que deje sitio a su alma de mujer, alma de mujer como suplemento, a su alma de mujer casi al límite de su virilidad, ahí donde su virilidad cojea, ahí donde su cojera les recuerda a la mujer de los orígenes, esta «*isha*», que llamó al hombre «*ish*», perdida para siempre en el momento en que se convirtió en matriz viviente (Hava): «*La mar tan bella con sus anchos muslos. ¿Será una barca, seré yo quien la tome? ¿Será la madre, será mi Eurídice que me atrapa de nuevo por la sangre? Madre tan bella con su orificio. Es el origen a penas pienso un día. Amigos míos, dormid para que pueda llorar sobre vosotros su vellón de terciopelo*».<sup>48</sup>

Me he preguntado qué se percibía en ese instante de observar lo que os enamora, en el umbral de esta puerta que no se había abierto más que para vosotros. Me he preguntado si el punto de encuentro estaba dentro de los aparejos de la seducción que resultaban ser reconocidos... Reconocidos como surcos o significados que encontraría parecidos, en mí.

Alcibíades ama a Sócrates; le resulta de una gran belleza interior, como si fuese oro, y le propone el cobre de su cuerpo deseable a cambio de ese oro tan supremamente bello, este oro que surge bajo la corteza grosera de la fealdad de Sócrates.

Pienso en Alcibíades, adolescente magnífico cuya mirada, una vez, de repente, fue interrumpida por el cuerpo de Sócrates en el umbral de su encuentro. Ese cuerpo repelente, feo, grosero en el vestir y sin frescura. Ha amado ese cuerpo, un instante, un instante solamente antes de ser seducido por la sabiduría tras la que Sócrates maquillaba su dolor como con galas.

*«Siempre me he dicho que la larga aventura amorosa de mi marido, que duró cuatro años, era culpa mía. Pensaba que no tendría que haberla tolerado; le tendría que haber dado un ultimátum, forzarle a elegir. Pero después me he preguntado: “¿Por qué deberías hacer algo que no deseas, que te repele en lo más profundo de tu ser?”... Sé que esto puede ser un síntoma, esta capacidad de sufrir, pero no quiero forzar a nadie a que me elija. Si tengo que ser elegida, que sea sin violencia, porque me desean, porque me quieren aunque tuviera, mientras tanto, que sentir un sufrimiento delicioso».*

Es el deshecho que el otro no quiere lo que amo de él, es el rastro de su historia de amor fracasada, esa de la que quiere deshacerse, de la que me enamoro.

Es el deshecho lo que amo en el otro<sup>49</sup>.

Mi amor, como el nudo de Lacan, solo puede volver al lugar de donde surgió: la experiencia de un psicoanálisis; experiencia de una posición de analizante en relación con lo que el discurso del psicoanálisis permite que se diga y que se vuelve letra de amor en las palabras.

Por eso mis palabras de amor servirán de bien poco; solo pretenden, contigo lector, transmitir el calado sensual de la letra de amor, para que a fuerza de pronunciarse, de no liarse, de llegar a leerse, se conviertan en mensajeros<sup>50</sup> de lo ausente, escarchas, hilos de saliva secos por el sol de la espera, que apenas dejan huella.

Solo así valen para instaurar el acto de amor en el lugar mismo en el las palabras son manquedad y su deshecho construye<sup>51</sup>.

Me llegó tu dolor, repentino rayo, y me hago su esclavo para desvestirlo por descubrir y amar bajo las galas, cada una de las lágrimas que exigente descubro, así respeto su lugar y su vacío sin depredarlas en el altar de mis ansias; bajo tus lágrimas amé la parte de la herencia que haces tuya y, por haberles hecho sitio, para que encontraras tú tu sitio en mí, como lo

encontré yo en ti, engendramos múltiples proyectos y nuestro amor se dotó de consistencia.

He descubierto en ti la nada que me das, oh mujer, mi semejante; asiste el nada mío bajo la envergadura de mi miedo a no ser nada – por mucho que me embargue el miedo de perder –; y has descubierto la feminidad de mi nada contigo florecida, lirio, nardo y canela, aceite de amor que fluye entre la columnas del arco que formamos.

Del enamoramiento al amor que engendra a partir de la nada, surge lo que se desvela en los desvelos, el derrumbamiento de toda galanura, el descubrimiento de las lágrimas, la fluidez de la sangre que se expande de nuevo y que te grita: tómame, hazme mujer, dame tu simiente, hazme engendrar de nuestra locura, de ti, de tu cuerpo, de nuestro amor, fluido como la lava ardiente, para que retoñen y florezcan otros cuerpos, hijos del amor, obras que nos ajuntan, proyectos que nos enredan, cómplices, tiernos, seguros, fieles al respeto que te debo, que tú me debes, para siempre, amiga mía, compañera mía, mi nada, mi soledad, mi sed, mi sed.

La muerte también nos muestra su faz detrás de toda gala, porque el *duende* se retira, se hurta, da vueltas en su botella y desaparece, se vuelve chispa, luz imperceptible, ceniza al cabo.

Envejecemos y el miedo aprisiona nuestro estado amoroso. Nos damos cuenta finalmente cuánto envejecer está hecho de soledad y silencio.

La soledad que nos hace morir, que hay que domesticar. ¿Cultivar entonces el amor al amor como cultivábamos, antaño, el deseo de un deseo?...

No lo sé. No me encuentro así todavía. Tengo sed.

A lo mejor esta soledad permite que por fin suceda esta forma de generosidad que solo la parte de mujer en cada uno de nosotros sabe instruir, ese don generoso de amar al enamorado en el otro, incluso cuando no es nuestra alma la que se a(l)ma...

Morir después, desengalanado, ya que también perderse es amarse:

*«Cuando dices: “Todo hace el amor”:*

*.../...*

*Incluso con su cadena un anillo,*

*Cuando fuese desatado,*

*En fin, todo, excepto el Odio,*

*Y el corazón que Ella ha enviciado*

*.../...*

*Incluso las torres de las ciudadelas*

*Con la lluvia de los obuses»<sup>52</sup>*

Porque todo hace el amor y sobre todo tu dolor.

## Notas:

<sup>1</sup> Traduiremos definitivamente el vocablo « manque » por manquedad o manquera, que es la condición de manco y significa en la Academia desde 1734, “*la lesión o impedimento que embaraza el movimiento de las manos : en la cara afean más las manchas o verrugas, que en otra parte del cuerpo las grandes señales o manquedades*” ya había propuesto, contra el elaborado con Marinas, “déficit” (*Lacan en español*, Biblioteca Nueva, Madrid 2003), “manquez”, construido a partir de “manco”, como de “mudo” “mudez”. *Manquedad* nos lo autoriza de manera definitiva el hallazgo de Marinas en la biografía de Valle Inclán que escribió Ramón Gómez de la Serna (Obras Completas XIX, p. 449 : “*Cuando volvió a la vida, don Ramón ya tenía la consagración de su manquedad, lo menos que hay que ser en España para merecer algo, para que el escritor tenga derecho a cierta caridad, aunque a veces no le sirve ni eso y no sale de la miseria, como le pasó a otro manco famoso, a don Miguel de Cervantes*”.

<sup>2</sup> Esta manera de entender la alegría, que he tratado de forma más extensa en el capítulo 6 de mi libro “*L’expérience d’une psychanalyse, généalogies du désir à l’œuvre* (érès, 2006)”, resume sintéticamente la sexta lección del seminario XX de Jacques Lacan, “*Aún*”, titulada “*Dios y el gozo de la mujer*”.

<sup>3</sup> Concepto éste que queda por explorar, para mostrar cómo la sublimación no es cosa que se adquiere de manera definitiva, sino una de las posibilidades inscritas en el tiempo presente del deseo, que se ha de forjar en relación agónica con *la Cosa* a lo largo del recorrido de toda una vida.

<sup>4</sup> Allen, Woody ; *The Curse Of The Jade Scorpion*, 2001.

<sup>5</sup> El picón, *Gasterosteus aculeatus*, desencadena su danza nupcial de manera selectiva con un estímulo único : la coloración roja del abdomen de la hembra ; un señuelo que reprodujese minuciosamente su forma, sin el color rojo del abdomen, sería ineficaz, mientras que una burda imitación pero con el abdomen rojo, desencadenaría el comportamiento sexual (Tinbergen, 1951). Jacques Lacan utiliza el ejemplo del picón en su seminario : *Los escritos técnicos*, lección del 31 de marzo de 1954, *Las estructuras freudianas de las psicosis*, lección del 18 de enero de 1956, y *del Otro Mayúsculo al otro*, lección del 11 de junio de 1969. Véase en *Otros escritos*, la conferencia de 1954 sobre *lo simbólico, lo imaginario y lo real*, y el tercer discurso de Roma (*La Troisième*, 1974).

<sup>6</sup> Mannoni, Maud ; lo nombrado y lo innombrable, la última palabra de la vida. Editorial Nueva Visión.

<sup>7</sup> Bolzinger, Claudie ; conversación personal; retranscribo aquí sus palabras con la inexactitud de la memoria que las hace mías.

<sup>8</sup> Sampedro, José Luis ; editorial Aguilar, 1961.

<sup>9</sup> Nouveau, Germain (1851-1920); último Madrigal, in Valentines, ediciones Gallimard, París, 1955: “*Ah ! comme je vais bien m’entendre, / Avec ma mère sur mon nez. / Comme je vais pouvoir lui rendre / Les baisers qu’en mon âge tendre / Elle ne m’a jamais donnés*”.

<sup>10</sup> Audouard, Xavier ; *Où en est la psychanalyse?* Psychanalyse et figures de la modernité. Claude Boukobza (ed), éditions érès, Toulouse, 2000.

<sup>11</sup> Melman, Charles ; *Quelques repères métapsychologiques*, in *L’enfant et la psychanalyse*, éditions Esquisses psychanalytiques, CFRP, París 1993, pp 506-509.

<sup>12</sup> Intervención de Wladimir Granoff tras la conferencia de Charles Melman sobre *La adolescencia*, con ocasión del congreso del CFRP *L'enfant et la Psychanalyse*, durante los días 2, 3, 4 y 5 de abril de 1992 (retranscripción del autor a partir de la grabación). Ver también Freud, Sigmund; *Un trouble de mémoire sur l'Acropole*, p. 228: "Acaso Napoleón I, el día de su coronación en Notre-Dame, no se volvió hacia uno de sus hermanos - creo que era Joseph, el mayor - diciendo: "¿Qué diría Señor, nuestro Padre si pudiese estar aquí ahora?"

<sup>13</sup> Deuteronomio, 5, 16 : *kabed et-avikha veet-imekha*.

<sup>14</sup> Cuatro sanguinas festivas de Goya sobre tauromaquia.

<sup>15</sup> A los que nuestra Europa liberal condena de nuevo a no esperar nunca para los suyos una alegría diferente de saber, sobre ellos mismos, sobre su vida, sobre su destino.

<sup>16</sup> Así propongo que se interprete el versículo del Apocalipsis 12, 4: « *et draco stetit ante mulierem quae erat paritura ut cum peperisset filium eius devoraret* ». Si se le añade el cetro de hierro, del que se trata en el versículo siguiente, es fácil compararlo con la expresión de Lacan: "el papel de la madre es el deseo de la madre... un enorme cocodrilo en cuya boca se encuentra uno. Eso es la madre... Hay un pilar de piedra claro, que está ahí, potencialmente, a nivel del hocico, que retiene, que atora. A eso lo llamamos el falo. Ese pilar es el que le pone a uno al abrigo, en caso de que se cerrase de golpe." El Seminario, Libro XVI, *L'envers de la psychanalyse*, Seuil, 1999, p.129. Citado por Fanny Colonomos en: *De la mère tendre et de l'instinct filial à la mère suffisamment bonne : Une généalogie psychanalytique*.

<sup>17</sup> Brel, Jacques ; *Orly*, Barclay, 1977.

<sup>18</sup> Lacan, Jacques; El seminario, libro X, La angustia, 1962-1963, lección del 21 noviembre de 1962 : "Si aquello fuera decible, ¿qué diría yo con eso? Le diría al otro que, deseándolo sin saberlo sin duda alguna, siempre sin saberlo, lo tomo por el objeto desconocido para mí de mi deseo, es decir, en nuestra concepción del deseo, que lo identifico, que te identifico, tú con quien hablo, tú mismo, el objeto que falta a ti mismo, es decir que por ese circuito estoy obligado a alcanzar el objeto de mi deseo, llevo a cabo justamente para él lo que busca. Y es así como inocentemente o no, si tomo ese rodeo, el otro como tal, aquí el objeto - obsérvenlo- de mi amor, caerá sin remedio en mis redes".

<sup>19</sup> Shakespeare, William ; *Œuvres Complètes*, traducción de M. Guizot, *Othello*, Acto I, Escena 3 ; Didier & Co, libraires-éditeurs, París 1863, p. 119. Esta referencia me la indicó Fanny Colonomos.

<sup>20</sup> Stanislavski, Constantin ; *Mise en scène d'Othello*, éditions du Seuil, París 1948. Aux "points" du Seuil, París 1973, p. 81.

<sup>21</sup> Aquino, Tomás de; Expositio super Apocalysim 15, 7: "Nam usque ad illud tempus permittentur mali cum bonis regnare, sicut palea cum grano.". Esa expresión citada por Jacques Lacan en las dos versiones de la Proposition de 1967 sur l'analyste de l'école y en la lettre aux italiens de abril de 1973, llamada "Le tripode". Esa expresión la encontramos en primer lugar en la escritura testamentaria del profeta Oseas, 13, 3º: "*sicut palea [pulvis] turbine rapta ex area et sicut fumus de fumarío.*", pero también en dos escritos de Agustín de Hipona, *De baptismo contra donatistas* 7, 8: "*quisquis autem vel in ipsa Catholica sicut palea commixta frumento, vel extra sicut palea vento sublata habet, hunc Baptismum legitimum quidem habet, sed non legitime.*" & *Contra cresconium gramaticum donatistam* 26, 33: "*donec de area dominica sicut palea ventilabro ultimo separantur.*"

<sup>22</sup> Lacan, Jacques ; Variantes de la cure type (1955) : "Ahora bien, el analista sin duda sabe, al revés, que no hace falta que conteste a las llamadas, por muy insinuantes que

sean, que el sujeto le hace percibir en ese lugar, so pena de ver materializarse el cuerpo de la transferencia que nada, salvo su producción artificial, distingue del amor-pasión, después de que las condiciones que lo produjeron acaben de fracasar por su efecto y el discurso analítico reducirse al silencio de la presencia evocada.”

<sup>23</sup> Platón ; O.C. Tomo IV, 2ª parte, *Le Banquet* (219 a), texto establecido y traducido por Léon Robin, aux Belles Lettres, París 1981.

<sup>24</sup> Lacan, Jacques ; Le Séminaire, Libro VIII, *Le transfert...*, lección del 8 de febrero de 1961. Es conveniente consultar a este propósito el trabajo de Arnoux, Danièle ; *Sur la transcription*, Revue Littoral n° 13, Traduction de Freud, transcription de Lacan, pp. 81-82. Vemos cómo Lacan parece inspirarse más en la traducción de Mario Meunier : “la nada que valgo”, que de “la nada real” de Léon Robin.

<sup>25</sup> Lacan, Jacques ; Conferencia en Bruselas sobre la ética del psicoanálisis, 10 de marzo de 1960.

<sup>26</sup> Me refiero a la teoría de Luria sobre el *Simsum* o *retracción de la luz divina* en el origen de la humanidad.

<sup>27</sup> Biblia de Jerusalén ; Isaías 45, 15 : “*En verdad tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, Salvador*” ver también, Juan de la Cruz; *El Cántico espiritual: “¿Adonde te escondiste amado y me dejaste con gemido? Como el ciervo huiste, habiéndome herido; salí tras ti clamando, y eras ido.”*

<sup>28</sup> Certeau, Michel de ; *Lacan : une éthique de la parole* , revue *le Débat* , n° 22, noviembre de 1982, éditions Gallimard, Paris, p. 54.

<sup>29</sup> Certeau, Michel de ; entrevista con Ignacio Gárate (1982) ; *Figures de la Psychanalyse, logos* ∅ *ananké, nouvelle série* ; n° 8 *Trauma*, primavera 2003, éditions érès, p. 112 : “...*que hay algo que no depende de la diferencia sexual, aunque nunca se supere una problemática del “dos”, es decir de la diferencia; sino que la diferencia no es fundamentalmente de tipo sexual”.*

<sup>30</sup> Baudelaire, Charles ; *Le balcon*, in *les Fleurs du mal*, O.C. Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, 1961, p. 35. Inés Gárate me hizo fijarme en la utilización erótica de los pies en Baudelaire.

<sup>31</sup> La introducción del relato de Juan 12, 3 es muy interesante, por ese “é oun” griego que se parece al “itaque” latín y que reúne la descripción de hechos y de presencias (12, 2): “*le hicieron allí una cena, Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él*”, con la inmediatez de pasar al acto.

<sup>32</sup> *Cantar de los cantares; 1, 12: “mientras el rey está en su cercado, mi nardo da su perfume”.*

<sup>33</sup> Traduzco así « *eleipsen* » que es el aoristo de “*aleiphô*” y significa engrasar, ungir pero con la connotación de excitar o animar (ungir de aceite a los luchadores), untar; Cf. *Le Grand Bailly*, Hachette, Paris, 2000, p. 74. Cada uno de estos sentidos es posible si seguimos Lacan, Séminaire I, Les écrits techniques de Freud, París Seuil, 1975, pp. 262 & 267: “*Si queréis conocer en la lengua francesa la significación de la palabra mano, tenéis que enumerar sus empleos y no solo cuando representa el órgano de la mano, sino también cuando figura en mano de obra, mano de santo, mano dura, etc. La significación viene dada por la suma de sus empleos.../... Tras lo que dice un discurso está lo que quiere decir y tras lo que se quiere decir hay otro querer decir y nada se agotará – salvo diciendo que la palabra tiene una función creadora y que hace surgir la cosa misma que no es otra cosa más que el concepto”.*

<sup>34</sup> Diderot, *Encyclopédie*; item NARD: “La planta se llama gramen cyperoides, aromaticum, indicum, Breyn 2. Prodr. Aún no tenemos la descripción. .../... A juzgar por el sabor y el olor, las virtudes del nardo indio dependen de una sal volátil aceitosa mezclada con mucha sal fija y de tierra. Pasa por ser cefálico, estomacal y nefrítico, para fortalecer el estómago, ayuda a la digestión, animar los ánimos y levantar obstrucciones de las vísceras”.

<sup>35</sup> Evangelio de Lucas, 10, 40.

<sup>36</sup> Mauriac, François; Préseances, *Le livre de poche*, Flammarion, Paris 1962, p. 58: “*Miraba a Florence y esa decepción infinita en su rostro – y en su mano, la lámpara apagada de la virgen necia*”. Esta cita me la dio Régine Gárate.

<sup>37</sup> Evangelio de Mateo, 25, 3.

<sup>38</sup> Unamuno, Miguel de; *La vie de Don Quichotte et de Sancho Pança*, éditions Albin Michel, París 1959, *Préface*.

<sup>39</sup> Véase la nota sobre la *yaculación* en Gárate Martínez, Ignacio; *Guérir ou désirer ? Petits propos de psychanalyse vivante*. Éditions Michalon – encre marine, collection la parole en acte, París, marzo de 2007, página 35. Para ver cómo el alcance de las palabras no sólo tiene que ver con el sentido que expresan sino también con su expresión jaculatoria o eyaculación (la palabra “*jaculation*” no tiene traducción precisa al castellano).

<sup>40</sup> Lacan, Jacques, *Le séminaire* libro X, *La angustia*, lección del 19 de diciembre de 1962.

<sup>41</sup> Lacan, Jacques; *Ibid*. Lección del 21 de noviembre de 1962.

<sup>42</sup> Lacan, Jacques; *Le séminaire*, libro XX, *Aún*, lección del 21 de noviembre de 1972.

<sup>43</sup> Lacan, Jacques; *Ibid*

<sup>44</sup> Char, René; *Quitter, Œuvres Complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1983, p. 411.

<sup>45</sup> *Ibid*.

<sup>46</sup> Bible de Jérusalem; *Sagesse* 18, 23: “*cum enim iam acervatim cecidissent super alterutrum mortui interstetit et amputavit impetum et divisit illam quae ad vivos ducebat viam.*”

<sup>47</sup> Lacan, Jacques; *El Seminario*, libro XX, *Aún*, lección del 13 de marzo de 1973: “*En efecto mientras que el alma a(l)ma al alma, no hay sexo en el asunto, el sexo no cuenta en el asunto. La elaboración de la que resulta es homo con dos m, homosexual, como lo pueden leer perfectamente en la historia*”

<sup>48</sup> Michenaud, Serge; *Scorpion Orphée*.

<sup>49</sup> Salmos, 118, 22: *lithon, on apedokimasan oi oikodomountes, outos egenethe eis kephalen gonias (la piedra que deshecharon los constructores es ahora piedra angular). “maassou”*: deshechado desdeñado, despreciado.

<sup>50</sup> *Postillon* significa en francés a la vez escupitines y mensajeros.

<sup>51</sup> Ya que, como me lo hace notar Mara Musolino en su amistosa lectura, los vocablos que sirven para hablar del amor no son lo mismo que las palabras de amor, lo podemos decir con Carlos Cano si cambiamos en su letra “palabras” por “vocablos” y entendemos así el juego lacaniano entre “mot” y “parole”: “No son vocablos de amor lo que te quiero contar,

tienen el mismo color pero no saben igual...". Hablar y hablar solo sirve para que nos cale la letra y se encarne, cuando lo más a menudo las palabras de amor insípidas solo chapuscan.

<sup>52</sup> Nouveau, Germain ; O.C., Op. cit. *Baisers (III)*.